vióles a hablar y no queriendo oír su embajada arremetió a ellos, pero luego se pusieron en huida; fueron seguidos y muertos muchos. Mandó Cortés quemar los ídolos, porque con la pena de esto más presto pidiesen perdón; envió mensajeros a llamar a ciertos señores de la ciudad, ofreciéndoles perdón; acudieron, excusándose con que los culhuas les habían forzado a desobedecer. Dijo que si llamaban a los demás y poblaban la ciudad, los perdonaría; todos acudieron y la ciudad se pobló luego, y fueron perdonados, ofreciéndose por vasallos del rey de Castilla y prometiendo fidelidad. Preguntó Cortés ¿cuál era el señor de la ciudad? Dijeron, que no le tenían porque cuando fueron llamados a Mexico para la guerra contra los castellanos, murió en ella y que el señorío pertenecía a un hijo de el muerto, el cual dijo que lo sería si Cortés lo mandaba; pareció bien a Cortés que lo fuese, aunque algunos dijeron que por ser habido en mujer esclava no le tocaba; por lo cual dijo el señor de Quauhquechulla, que allí estaba, que siendo como era casado con hija legítima de el muerto, en la cual tenía un hijo, que su derecho era mejor; quiso saber Cortés si aquello era verdad y aquella sucesión cierta, conforme a sus usos, todos respondieron que sí, por lo cual mandó Fernando Cortés parecer al muchacho, que era de ocho años y todos con gran contento le recibieron por señor; y porque no podía gobernar por la edad, se dio el gobierno al que primero pidió el señorío, con otros dos de Quauhquechulla, que nombró el señor. Está asentada esta ciudad al pie de un gran cerro, encima de el cual hay una gran fortaleza, de tal manera que a muchos castellanos pareció a Málaga por ser de fuera muy vistosa y torreada; por una parte tiene un río y por la otra la sierra. Hácese en ella un gran mercado; es tierra muy fértil y en su término hay minas de oro; tiene tres mil vecinos. Sabida esta victoria acudieron muchos lugares a dar obediencia a Cortés, con que la tierra se iba pacificando.

CAPÍTULO LXXVIII. *De algunas entradas que los nuestros hicieron desde Tepeacac, y de cómo los indios de Tuchtepec mataron ochenta castellanos; y a instancia de los frailes franciscos se bautizó un señor de una cabecera o provincia*

IENTRAS CORTÉS ESTABA EN TEPEACAC envió algunos capitanes por diferentes partes de la provincia a pacificar los lugares que no se querían sosegar. Fue uno de ellos a Tecamachalco, de la jurisdición de Tepeacac, adonde los castellanos tuvieron mucho que hacer y al cabo fueron vencidos los naturales y dados por esclavos más de dos mil y repartidos como los demás, de que las repúblicas amigas recibían gran contento, viéndose triunfar de sus enemigos y con abundancia de cuanto antes carecían. En Tuchtepec, adonde no fueron más de ochenta castellanos con el capitán Salcedo, por su descuido fueron todos muertos, aunque vendieron

bien sus vidas. Sintió mucho Cortés esta pérdida, por lo cual envió a Diego de Ordás y a Alonso de Ávila, con algunos pocos caballos y hasta veinte mil indios amigos, los cuales castigaron bien este caso con muerte y prisión de muchos, y hallaron que los culhuas peleaban valerosamente con picas largas, las puntas tostadas a imitación de los castellanos, pero fueron vencidos; y los indios amigos enriquecidos con los prisioneros y muchos despojos de ropa, joyas, armas y penachos, que ellos más estimaban. Envió Fernando Cortés a otro capitán contra el pueblo de Tecalco, también jurisdición de Tepeacac con buen ejército y hallóle desamparado; y porque aún estaba mal seguro el camino de la Vera Cruz, envió a Christóbal de Olid y a Juan Rodríguez de Villa Fuerte con doscientos castellanos y diez caballos y cantidad de indios a asegurarle y con ellos fueron Juan Núñez Sedeño, Lagos y Alonso de Mata. Hallaban la tierra alzada; padecieron extraña hambre, porque ni aun perros hallaron que comer. Pelearon diversas veces; procuraron haber a los indios que bajaban de las sierras al despoblado, que llaman de las lagunas, a prender los castellanos que pasaban de tres en tres y cuatro en cuatro (porque ya iban muchos de las islas) a los cuales, después de haber engordado, desnudos, garrocheaban como a toros en los patios; y de esta manera cruelmente los mataban y hechos tasajos, enviaban presentados a sus amigos, diciendo que la carne de aquellos hombres corridos era sabrosa. Prendiéronse hasta cuarenta de estos indios, los más culpados y crueles y metiéndolos en un patio, para matarlos, ellos de buena gana se desnudaron y hicieron un baile y alegremente aguardaron la muerte, cantando y encomendando sus almas a sus dioses. Degollados, voló la fama por toda la tierra y fue de provecho para que cesasen los salteadores. Andando a caza de ellos y padeciendo gran hambre, subió un marinero a la cumbre de una sierra; descubrió un valle con gente, bajaron y prendieron muchos indios a los cuales, porque no parecieron culpados, soltaron. Allí mataron la hambre y volvieron a Tepeacac y habiendo estado treinta días en esta jornada, hallaron a Fernando Cortés que era vuelto de Quauhquechulla.

Antes que Cortés saliese de Itzucan, a instancia de los frailes franciscos, que fueron los que vinieron antes de los doce de quienes hacemos memoria en otra parte, o con Fernando Cortés, o en los navíos, que después de él vinieron, porque de esto no se sabe cosa cierta, aunque lo es el estar acá, en aquel tiempo se bautizó el muchacho a quien había dado el señorío; y fue su padrino Pedro de Alvarado, que le llevaron consigo; y estando en Tepeacac preguntó el muchacho andando triste, ¿que cuándo le habían de sacrificar? Los frailes le regalaron y dijeron que nunca Dios quiso la muerte de ningún pecador, sino que se convirtiese y que viviese y que tuviese entendido que los cristianos andaban estorbando aquella abominación que usaban los indios, y dijo que quería de buen corazón ser cristiano. Acudían muchos pueblos a Cortés y afirmaban que ni habían muerto castellanos ni hécholos ofensa alguna, que los admitiese en su gracia y los enviaba a todos muy contentos. Llegó aquí el capitán Barrientos, a quien Fernando Cortés había enviado a llamar a Chinantla adonde estaba (con harto temor que

le hubiesen muerto como a los demás); recibióle con mucha alegría, porque halló que se había gobernado con los indios, con tanta discreción, que cuando se despidió de ellos le pedían, con grandes llantos, que no los dejase y que ya que se iba no volviese a ellos ningún capitán sino él, porque los había ayudado en las guerras que tenían con sus vecinos y de tal manera los había aconsejado en ellas que tuvieron muchas victorias y a él en gran estimación, lo cual fue causa que no le matasen cuando tomaron a los demás castellanos que andaban por la tierra. Estando las cosas de Tepeacac asentadas, acordó Fernando Cortés que luego se partiese para Castilla Alonso de Mendoza; escribió de nuevo al rey todo lo sucedido con los tepanecas y los demás; decía que quedaban descubiertas ciento y cincuenta leguas de costa pacífica y obediente, desde el río grande de Tabasco hasta el río de Pánuco. Suplicaba a su majestad, que atento, que le parecía la gente de aquella tierra (que ya comúnmente se llamaba Nueva España), era de más razón que la de las islas, por lo cual creía, que más brevemente recibiría la santa fe católica, le enviasen clérigos y religiosos, que los dotrinasen y también para que administrasen los sacramentos a la gente castellana, porque de ellos tenían mucha falta. Pedía que se le enviasen ganados, pues la tierra era capaz para ellos y para que pudiesen satisfacer a la hambre que se padecía, por no haberlos en la tierra y excusar otros trabajos. Esto mismo suplicaba el concejo nuevo de Segura de la Frontera. Significaba también el valor e industria de el valeroso capitán Fernando Cortés; el amor que la gente castellana le tenía; la experiencia de las cosas de aquellas partes, suplicando que se le confirmase el cargo de capitán general, afirmando que si se daba a otro se perdería aquella máquina, que con tanta prudencia llevaba fundada. Despachó también Fernando Cortés otro navío a La Española, con un duplicado de estos despachos para que el Audiencia los enviase al rey, a la cual daba cuenta de todo y rogaba que por sus dineros le enviasen municiones, armas, caballos y algunos ganados y dejasen ir a ayudarle la gente que quisiese como fuesen hombres honrados y de quien se tuviese confianza que harían su deber y no serían revoltosos.